



EL TRIUNFO DEL AVE MARIA.

Sobre verde relucía
La banda de colorado,
Con orn, con que venía
La celeste *Ave Maria*
Que se genó en el Salado.
(Gracia Dei Rey de Armas.)

I.

Una noche tendía su negro manto bordado de plateadas estrellas, sobre las pardas almenas, y agudos minaretes de las mezquitas de la soberbia Granada. La atmósfera estaba despejada y fría. Las nevadas cumbres de la *Alpujarra* se destacaban sobre el velo azul del firmamento. El silencio de las horas dedicadas al sueño y al reposo, solo era turbado por el grito de alerta del vigilante centinela, y el compasado andar de los soldados que sin cesar recorrían las solitarias calles de la gran ciudad. En lotananza se vían brillar las fogatas del campamento cristiano, y mas cerca los macilentos rayos de la Luna reflejaban en los acorados yelmos y en las agudas partesanas de la próxima avanzada enemiga. Los alegres cantares con que el soldado divierte las pesadas horas de la vedada de guardia, no resonaban ya. El abatimiento, el pesar y la fatiga, estaban pintados en los more-

nos y marciales rostros de los defensores de la mas bella joya de la España árabe. Vieran en breve tiempo desaparecer una tras otra, las firmes fortalezas que circundaban y defendían cual avanzadas centinelas, la opulenta corte de Boabdil. Nada era bastante á resistir la terrible pujanza de los afortunados Reyes de Castilla. ¡Tal vez bien pronto los odiados pendones cristianos, ondearán orgullosos en las arrogantes torres del Alhambra, y Alá y el gran profeta, enojados por los pecados de los fieles creyentes, los entregarán á sus aborrecidos enemigos! ¡Tal vez, el único trofeo que resta de las gloriosas conquistas del gran Tarif, doblará bien presto la cerviz al yugo de Fernando!!!. Tan tristes presentimientos embargaban el alma del *Arrax* que comandaba los guardianes de la vieja puerta de Elvira, en la noche del 8 de Diciembre de 1491. Sus soldados en torno de una bien alimentada hoguera, abandonaban sus fatigados miembros á merced del sueño. De pronto el trote de un caballo que se acercaba, vino á interrumpir el silencio de los guerreros. Pocos instantes eran pasados cuando mostróse á su vista un arrogante caballero. Blanco alquicel encubre su rico traje de brocado; el mas bello rubí sujeta la garzota de su turbante rojo y blanco; la guisa que cuelga de su robusto hombro está enriquecida de pedrería. Cabalga en un brioso corcel árabe, del color del ébano. Empuña su fuerte diestra una lanza corta á la que está atado un listón

verde. La vista de los soldados buscaba en su atezado rostro el nombre de tan gallardo caballero. Es Tarfe, el mas celebrado guerrero de la belicosa tribu de los Zegries, el favorito de *Boabdil*, el prometido esposo de la bella *Zayda*, la mas joven de las hermanas del monarca granadino. Presenta al Arzobispo un pequeño pergamino, en que se vé escrito el nombre real. La soberana orden es besada con respeto y obedecida al punto. Las viejas cadenas del ferrado puente rechinan con su peso, y queda franco paso para al noble Tarfe. Los primeros albos de la aurora despuntaban apenas cuando se lanzó á rienda suelta por la espaciosa y renombrada Vega, en direccion del real cristiano.

II.

Diez meses trascurrieran de un trabajoso sitio, en que los mas porfiados combates, las mas penosas privaciones repetidas sin cesar, dieran cabo á un valor y una constancia que no fuera la que adornaba á los nobles paladines que seguían los gloriosos pendones de los Reyes Católicos. Los mas valientes hablaban ya de la necesidad de alzar el cerco. En efecto, la escasez de vituallas, el rigor de la estacion en lo mas avanzado del invierno, las enfermedades contagiosas que empezaban á asolar los reales tantas causas juntas, inclinaban ya el ánimo del valiente Monarca de Castilla y Aragon, á adoptar aquella resolucion imperiosamente aconsejada por la prudencia. Solo Isabel, la magnánima, la esforzada, la mas grande de las reinas, no escuchaba ni queria atender á estos rumores; invariable en su grandiosa idea de arrancar para siempre las banderas agarenas de la noble España. Ilustrada de continuo por los consejos de su sabio director el gran Cardenal Cisneros, aquel célebre prelado que empuñaba con igual acierto el báculo Episcopal, la espada de caballero, ó el baston de General, se encargara de dirigir por sí misma las difíciles operaciones de aquel famoso cerco. Un acontecimiento inesperado vino á complicar mas la penosa situacion del ejército sitiador y á dar al mundo una nueva muestra de la grandeza de alma de la heroica Isabel. Un voraz incendio redujera en pocos instantes á pavesas el inmenso real Castellano. Tan osada empresa fuera concebida y ejecutada por el fiero Tarfe, el mas celebrado de los guerreros de *Boabdil*. La animosa Reina, en vez de abatirse con este nuevo revés, quiso dejar á los siglos venideros una memoria indeleble de su sublime genio. Hizo edificar en el sitio que ocupaba el campamento, una ciudad formada de sólidas casas de piedra en vez de endebles tiendas de lienzo, para quitar á los infieles toda esperanza de que llegase á cejar en su grande y generoso empeño. La nueva Ciudad fué nombrada *Santa fé*, y construyóse en forma de Cruz, con cuatro puertas que daban entrada á otros tantos cuarteles en que estaba dividida; cada uno de los que fuera costado por un rico-hombre de Castilla. Entre tanto que se

edificaban los fuertes muros de piedra que debian cercar y defender á *Santa Fé*, levantáranse provisionalmente una muralla de madera cubierta de lienzos encerados, que la figuraban almenada y torreada. Grandes privilegios fueron concedidos á la nascente Ciudad, y los Reyes que la creáran animaban con su angusta presencia los trabajos. De repente el zumbido de una arma arrojada dejóse oír en la direccion de la morada real, y vióse clavada y retemblando en ella una lanza que llevaba atado un lazo verde, flotante á merced del viento. Volviéronse todos los ojos buscando al atrevido guerrero que fuera capaz de tanto arrojo, y vióse ya lejos un caballero moro, que á toda brida tornaba á Granada. La cinta que pendia de la lanza de Tarfe era una prenda de amor que su bella *Zayda* le donara; y que quiso dejar clavada en la tienda de la Reina cristiana, para ostentar su valor y gallardía. Gran número de los mas nombrados caballeros toman arrebatadamente sus bridones, disputándose la primacia en castigar al moro. *Hernando del Pulgar* el valiente, el de las hazañas, es el primero que persigue al fugitivo; mas ya era tarde, pues las ferreadas hojas de la puerta de *Elyra* cerráranse en pos de Tarfe; y los nobles paladines de Castilla volvieron pesarosos de no poder labar con la sangre del infiel el insulto hecho á su Reina querida. *Pulgar* tendió la mano en la cruz de su siempre vencedora espada, y algunas palabras pronunciadas en voz baja, dejaban presumir un grande propósito.... era en efecto un juramento terrible, que fué repetido con ardoroso entusiasmo por algunos caballeros que estaban á su alrededor.

III.

Era una noche de horror y oscuridad. La tempestad era de las mas violentas. El terrible estampido del trueno resonaba continuo, y la espantosa luz del relámpago mostraba por un instante los arabescos edificios que adornaban á Granada. Las altas torres retemblaban en sus cimientos. Un centinela envuelto en grueso jayque, y cobijado en su garita que guardaba la entrada de la *Alcayceria*, vió acercarse lentamente á la puerta de la gran mezquita allí cercana, cinco altas fantasmas, que vestian la brillante armadura de los caballeros cristianos, y llevaban en sus manos resinosas antorchas que el viento y la lluvia no podian apagar. Dirigió mentalmente el asombrado moro sus plegarias á *Azrael*, el angel que lleva las almas de los buenos musulmanes á gozar del paraíso prometido por el profeta, pues creyó llegada su última hora; el estupor y el pasmo le impedían el poder dar un grito. Los que parecían guerreros de Castilla, éranlo en efecto, y la historia nos há conservado sus nombres, así como la memoria de su portentosa hazaña. *Hernando del Pulgar*, *Montemayor*, *Bednar*, *Aguilera*, *Baena* y un moro recién convertido á la fé de Cristo, abijado de *Pulgar*, que servia de guia á los

valientes aventureros de la temeraria empresa de penetrar solos en Granada. Otros nueve caballeros que quisieran en ella tomar parte, fueron obligados por Pulgar á quedar á retaguardia, guardando la espalda. ¿Cuál es el intento de tan bravos paladines? Bien pronto nos será manifiesto. El denodado Hernando hace brillar el acero de su daga, y clava con ella en la fortísima puerta de la mezquita un pergamino que llevaba prevenido, en que se veía escrito sobre campo azul con letras de oro las palabras *Ave Maria gratia plena*. Arrodilláronse los guerreros, y adoraron las misteriosas palabras dirigidas á la Virgen sin mancilla por el Angel Gabriel. Hernando con robusta voz dijo: *en nombre de los poderosos reyes de Castilla y Aragon mis señores, tomo posesion de esta mezquita, para que purificada de las inmundicias de estos canes, sea dedicada á nuestra Señora la Virgen*. Alzáronse con presteza, y dirigiéndose á las mas inmediatas casas de la Alcaiceria, aplicáronlas sus antorchas. La tempestad cedia pausadamente, y el día se acercaba por instantes. El siniestro resplandor del incendio que empezaba á apoderarse de los antiguos edificios, difundió la alarma en sus sorprendidos habitantes: mil y mil moros acudieron repentinamente y cercaron por todas partes á los temerarios paladines de Castilla; cruzáronse los corvos alfanques moriscos con las largas espadas toledanas, y su choque violento despide ráfagas de fuego. Los cinco caballeros fuéronse retirando lentamente, si bien despues de hacer morder el polvo á cien contrarios, que lle-

nos de espanto podian comprehender apenas tanto valor, tanta bravura.

IV.

Era la aurora de un día hermoso. Los dorados rayos del sol tenían de un bello sonrosado la alta cumbre de *Sierra Nevada*, cuando un moro cubierto de brillantes armas acercóse pausadamente al campamento cristiano, ó mas bien á la noble ciudad de Santa Fé, y arrojó con arrogancia su férrea manopla en señal de reto. La cola de su fiero caballo arrastraba el pergamino escrito, que Pulgar el valiente dejára enclavado en la mezquita grande dos días antes. Mil nobles impulsados por un mismo pensamiento, y cual si todos no formasen mas que un hombre, quieren partir al punto á alzar el guante: mas el prudente rey se lo estorba y les dice: «No, mis amados Infanzones, mis nobles vasallos, hartas pruebas disteis de vuestro temerario arrojo al despreciar las palabras y amenazas de ese perro infiel: guardad vuestros bríos para el día del asalto.» En aquel instante el valeroso Pulgar estaba ausente, pues á la cabeza de un escogido tercio marchára á una expedicion secreta: mas sus compañeros de aventura murmuraban al ver la prohibicion de Fernando, que les estorbaba castigar al insolente Tarfe (pues él era y no otro) que denostaba con groseros insultos á todo el valiente ejército cristiano. En este instante penetró por entre la turba de paladines, que en torno del rey estaban, un bello mancebo aun no bien entrado en la ado-



(Retrato original de Garcilasso.)

lescencia: el bozo empezaba apenas á cubrir su labio; sus cabellos dorados caían graciosamente en naturales rizos sobre su blanco cuello, que rodeaba una finísima gorguera de encaje; era uno de los pages mas queridos del Monarca; y doblando ante este la rodilla, «Señor» le dice: «concedáme V. A. la merced de ganar hoy mis espuelas de caballero, castigando la osadía del moro. Desde la gran batalla del Salado ostentaron mis nobles abuelos, por divisa, las gloriosas letras del *Ave Maria*, soy el último y único hástago de mi familia; á mí y no á otro corresponde el alto honor de rescatar el dulce nombre de María de las manos de aquel cau.» Pasmáronse los circunstantes de tanto valor en edad tan tierna, mas el Rey no quiso acceder á tan honrosa demanda. «Querido Garcé Lasso le dijo: «vuestro padre os dejó al morir encomendado á mí, y no he de dejaros correr á una muerte cierta; vuestro brazo es harto débil para sustentar la lanza; contened vuestra impaciencia, que Dios proveerá ocasiones donde lucir vuestro esfuerzo, y ganeis lo que tanto deseais.» Alzóse cabizbajo el jóven page, y fuese silencioso al aposento del rey, y con inaudito atrevimiento se apoderó de una de las régias armaduras que en vez de inútiles adornos decoraban la marcial cámara del rey de Castilla; acomódosela á á su esbelto talle, y cabalgando en su propio corcel, con la visera calada y lanza en mano, fué en busca de Tarfe, que permanecía inmóvil, esperando algun contrario con quien combatir. Al ver un caballero que salía del real á todo escape, maravillóse Fernando hubiese quien desobedecia sus mandatos con tanta osadía. Tal vez iba ya á dictar órdenes severas para castigar al inobediente paladin, cuando el interés del éxito del combate que ya trabara con el moro, robóle su atención y la de los demás guerreros que le acompañaban. Un religioso silencio reinaba entre los espectadores de la encarnizada batalla, las espadas darcargando sobre las aceradas mallas hacían saltar manojos de estrellas. Ambos combatientes viéronse caer envueltos con sus caballos. La distancia no dejaba percibir cuál era el vencedor, cuál el vencido; de repente un grito de alegría oyese en todo el real. Garcé Lasso alzábase altivo, mostrando á lo lejos la ensangrentada cabeza de Tarfe. Las mas estrepitosas aclamaciones, los clarines y los timbales rompieron á la vez para celebrar tan gran triunfo. El afortunado vencedor estaba ya de hinojos ante rey, cubierto con la sangre de su enemigo, ostentando atado á su lanza el pergamino del *Ave Maria*, glorioso trofeo de su victoria, y en la siniestra mano la libida cabeza del vencido moro. «Perdon, señor,» murmuró una voz aun no bien formada, y que revelaba la juvenil edad del que la hacía sentir; venid á mis brazos, el mas animoso de mis caballeros, contestóle el buen rey; mas cual fué su sorpresa y emocion al ver era el jóven Garcé Lasso quien consumára tan alto hecho de armas, que diera honor y prez á un guerrero encanecido. La reina acudió apresurada á felicitar al jóven héroe, y quiso por sí misma recom-

pensar al noble caballero, ejerciendo con sus bellas manos el noble oficio de heraldo ó rey de armas; y tomando la banda verde que flotaba en la lanza que Tarfe clavára en su tienda, ató con ella sobre el liso y dorado escudo de Garcé Lasso, el pergamino del *Ave Maria*, noble despojo de su gloriosa hazaña, para que le sirviera de divisa. El rey dióle allí mismo el espaldarazo y el ósculo; Gonzalo de Cordova, llamado despues el Gran capitán, calzóle las espuelas, y el valeroso Ponce de Leon le ciñó la espada. Fernando el Católico hizo donacion á Garcé Lasso de la rica armadura con que hiciera la batalla, y dispuso que en la nueva iglesia de Santa Fé que á la sazón se estaba edificando, fuese colocada por peana de la cruz del remate la cabeza de Tarfe, ejecutada en piedra, para dejar á la posteridad una memoria eterna del tan señalado triunfo del *Ave Maria*.

La mayor parte de los historiadores que hacen mencion de este suceso, aseguran que desde aquella época Garcé Lasso llevó el apellido de la Vega, por ser la de Granada, teatro de su memorable hazaña, y que usó por armas la banda verde con las letras del *Ave Maria*, mas lo uno y lo otro llevaba su familia desde muy antiguo. El que esto escribe tiene el honor de contar entre sus ascendientes al valiente Garcé Lasso, y pudiera demostrar con pruebas respetables, que el apellido de la Vega es originario de un lugar así llamado en Asturias de Santillana, donde está el antiguo solar de esta renombrada familia; muchos de sus descendientes viven aun y uno de ellos conserva en el día la lanza de Tarfe. Las armas del *Ave Maria* las usaron los Garcé Lassos desde la celebrada batalla del Salado, donde le fueron concedidas á otro Garcé Lasso de la Vega, muerto despues violentamente en San Francisco de Soria.

Nicolás Castor de Caunedo.



EL MÉTODO.



unca tuve aventajada idea de mí mismo decia Descartes, y siempre deseaba igualar á otros, ora en la facilidad de retener ó de imaginar las cosas con perspicacia, ora en la rapidéz del pensamiento. Si tengo alguna superioridad sobre los entendimientos vulgares, la debo al método, que por fortuna descubrí cuando yo era joven.»

Así pensaba sobre el gran poder del método el ingenio á cuyas profundas meditaciones deben las ciencias los progresos mas rápidos y portentosos. Y

en efecto, el método es al entendimiento lo que el microscopio al ojo. Con el microscopio el poder de la vista viene á ser el mismo en todos los hombres; con el método el poder del entendimiento. Y de consiguiente, débese modificar mucho la opinion que suele formarse de los dones naturales y de los talentos privilegiados. Y débese con mayor razon, si los filósofos mas célebres han pensado como Descartes, y como Descartes pensaron Malebranche, Condillac, Newton, Pascal, Aristóteles, Bacon y otros.

Entrando de lleno en la materia que nos ocupa, adoptaremos las luminosas ideas de Laromiguière, sin perjuicio de volver á ella en otra ú otros artículos, para arrancar, si podemos, su secreto al ingenio.

Fue Bacon el que mas perfeccionó el método, y le llamó *órgano*: espresion feliz, porque el método es el instrumento ó el órgano del entendimiento, á la manera que los sentidos son los órganos ó los instrumentos del cuerpo.

Pero este instrumento de que nuestra debilidad tanto necesita, en la apariencia se oculta al pensamiento, aunque en gran parte sea obra suya. Casi todos los hombres piensan sin sospechar que haya un arte de pensar; así como reciben en los ojos la imagen del universo, sin reflexionar en las maravillas de la mecánica que opera este prodigio.

Es, pues, indispensable llamar la atención á lo interior de nosotros mismos, y aplicarla al pensamiento; es necesario seguir al entendimiento en su rumbo, observarle en sus actos, notar todo lo que le dirige, todo lo que le extravía; es preciso, en fin, asegurarnos de lo que puede naturalmente, y de lo que naturalmente no puede, si queremos hallar un arte que venga en auxilio de la naturaleza. Cuando sepamos por qué tenemos necesidad de método, el método que nos conviene se presentará tal vez por sí mismo.

Un ser organizado para ver á un mismo tiempo todo cuanto hay en los objetos, para discernir en un instante todas sus ideas, para retener de un modo infalible todos sus conocimientos, un ser como éste no necesita de método.

No es así como estamos hechos. Las sensaciones se nos escapan; un solo objeto absorbe el pensamiento; la memoria es las mas veces infiel, y en mil circunstancias experimentamos la necesidad de volver á hallar un gran número de ideas, de tenerlas todas presentes.

¿Cómo franqueará el entendimiento humano los límites que le rodean por todas partes? ¿Cómo saldrá de la ignorancia en que al parecer le hunde su misma naturaleza? ¿Cambiará él esta naturaleza?

No creamos en tal prodigio, y sin embargo no desesperemos de la inteligencia.

Impelido por la necesidad de libertarse de una opinion que le humilla, si el hombre, supliendo la fuerza con la destreza, hallase el medio de referir muchas y diversas ideas á una idea única, y de someter á una sola mirada lo que dividía su atención,

entonces, no lo dudemos, veria manifestarse los efectos antes insensibles ó nulos; los progresos hasta allí lentos y penosos, serian luego rápidos y fáciles.

Y este medio existe: el método está muy cerca de nosotros, está en nosotros: él es el que dirige nuestras facultades en aquellos momentos felices que llamamos momentos de inspiracion.

Das ideas, que es fácil discernir con la mas ligera atención, bastan no para iniciarnos en todos sus secretos, sino para conocer sus fundamentos. Cuando sepamos lo que es un principio y lo que es un sistema, muy cerca estamos de saber lo que es el método; y tendremos á un mismo tiempo el valor de dos palabras, que son como las llaves de la lengua de la filosofía.

Obsérvese toda la diversidad de caracteres que los pueblos han inventado para pintar los sonidos de la voz: échese una mirada sobre una estampa donde haya las figuras mas caprichosas y los dibujos mas regulares, nótese las formas variadas al infinito que presenta el espectáculo del universo. Si los ojos del cuerpo no bastan, llamemos en su auxilio los del entendimiento, y tratemos de ver, como en un cuadro, esa muchadumbre innumerable de caracteres, de dibujos y de figuras.

Pero, se dirá, ¿qué inteligencia es capaz de abrazar tantas cosas, qué memoria suficiente á contenerlas, qué imaginacion podria representarlas?

Vamos á ofrecer á nuestro pensamiento un objeto mas simple. Imaginemos un arco de círculo y su cuerda, una recta y una curva; variemos la curvatura del arco, variemos tambien la posicion de la recta: nuestra imaginacion se representa fácilmente estas dos líneas; las sigue, ó cree seguir las en todas sus variaciones.

Pues bien, estos dos objetos, que el uno aterraba á nuestra debilidad, y el otro nos parece un juego de niños, no son mas que un objeto solo, y el mismo. Con la recta y la curva dibujan todas sus obras el arte y la naturaleza. No lo hubieramos creído: dos elementos bastan para tantos prodigios; son los principios generadores de todas las formas que hay en el universo.

Y si las curvas se componen de una infinidad de rectas pequeñas é inclinadas las unas sobre las otras, como lo supone en algunos casos la geometría, entonces los dos principios se reducen á uno solo. La línea recta es el principio único de todas las figuras.

Permitásenos algunos ejemplos familiares; permitásenos ademas tomarlos de entre las cosas mas comunes, si pueden fijar de un modo exacto la idea que tenemos de la palabra principio.

Nadie ignora cómo se hace el pan: el grano se muele con la piedra; el grano así molido se embebe en agua; toma luego consistencia bajo las manos ó los pies que le amasan; y al punto la accion del fuego le convierte en pan.

Vemos ahí cuatro hechos que se siguen, pero de tal suerte, que el cuarto es una modificacion del ter-

ceró, como el tercero es una modificación del segundo, y como el segundo es una modificación del primero. Pues siempre que una misma cosa toma de esa manera la una despues de la otra diversas formas que se derivan la una de la otra, se dá á la primera el nombre de principio.

El huevo de la mariposa se trasforma en oruga, la oruga en crisálida, la crisálida en mariposa; la mariposa es un huevo en su principio.

Y si de las artes mecánicas, ó de las operaciones de la naturaleza, pasamos á las ciencias, ¿quién no sabe que en aritmética la adición toma sucesivamente las formas de multiplicación, de elevación á las potencias, de teoría de los esponentes; que todos los métodos que sirven para componer los números, tienen su principio en la adición, como todos los que los descomponen tienen el suyo en la sustracción?

Así, pues, el conocimiento de los principios reduce á una ley común los fenómenos mas diversos y aun los mas opuestos en apariencia: asimila, identifica las operaciones que al parecer no tenían analogía: de una muchedumbre de partes sueltas forma un todo simétrico y regular; y, ¿cosa admirable! acrecienta los tesoros de la inteligencia, aminoranda el número de las ideas.

Por desgracia es raro hallar estos principios, ora porque la altura en que están los haga como inaccesibles á nuestras miradas, ora porque residiendo en nosotros mismos, se oculten á nuestra débil vista, igualmente turbada por la presencia demasiado cercana del objeto, y por su excesiva lejanía.

Cuando mas felices ó mejor situados podemos observar una série de fenómenos, ordenados los unos respecto de los otros, y todos respecto del primero, entonces, con una sola mirada, vemos un principio y un sistema; el principio en el primero de los fenómenos, el sistema en su enlace.

El sistema cuando toca á su perfección es el mas alto grado de la inteligencia del hombre. Mostrándonos reunidos una muchedumbre de objetos que la naturaleza habia aparentemente separado, reduciéndolos á la unidad, encierra una ciencia entera en una sola idea, en una sola palabra. Pero, ¿cuán raros son los buenos sistemas, y cuántas ilusiones nacen del atractivo de la sencillez!

Si fueron necesarios siglos para descubrir la conexión de la caída de una manzana con el movimiento de la luna en su órbita, de las propiedades del ambar con los efectos del rayo, ¿qué juicio formaremos de esos filósofos que por un solo acto de su pensamiento, han querido, han creído abrazar la inmensidad de todos los fenómenos del mundo visible y la inmensidad infinitamente mas prodigiosa de los que, ocultos en las entrañas de la naturaleza, están cubiertos con un velo por siempre jamás impenetrable, ó de los que, perdidos en los abismos del espacio, *kuyen con fuga eterna* á las miradas del hombre? ¿Y cómo escusar la audacia de

aquellos titulos fastuosos, *sistema del universo, sistema de la naturaleza?*

Pero, si locura es el empeño de conocer lo que está mas allá de nuestra sensibilidad y de nuestra razón, es sensatez, es necesidad, es deber el estudiar lo que está á nuestro alcance.

Y á fin de adquirir la inteligencia de alguno de los sistemas particulares cuyo complejo forma el sistema universal de los seres, no debemos proceder á la ventura.

Lo primero, sea en el orden físico, sea en el orden moral, hemos de comenzar instruyéndonos con esmero en los fenómenos. Este precepto es tan sencillo, que parecerá minucioso y enteramente inútil; pero si atendemos á que la mayor parte de los filósofos viven mas en medio de sus ideas que en medio de las cosas, se juzgará tal vez que no es inoportuno el repetirlo.

Mas cómodo es, mas espedito seguir con toda libertad los movimientos de la imaginación, y ordenar á voluntad del capricho los seres que ella crea sin trabajo alguno, que caminar penosamente de observación en observación, de experiencia en experiencia; volver, sin cansarse jamás, á lo que se ha visto mil veces, hasta encontrar alguna de aquellas verdades que llaman á otras, y en derredor de las cuales todo se ajusta y amolda. Pero como los vanos sistemas no tienen su fundamento en la naturaleza, el momento que los vé alzarse, está muy próximo al momento que los verá caer para siempre.

¿Queremos adquirir verdaderos conocimientos? Detallemos todo, contemos y pesemos. Nada vé el que vé masas. Dividamos nuestro objeto; estudiemos sucesivamente todas sus propiedades; dirijamos nuestra atención sobre las menores circunstancias. Los hechos por largo tiempo sujetos á la observación, y bien comprobados, dejan percibir al fin sus verdaderas relaciones, no solo las relaciones de simultaneidad, ó de contigüidad, ó de mera sucesión, ó aun de causalidad; sino tambien las relaciones de generación, las relaciones que los unen á un origen común; y entonces tenemos un sistema, y el entendimiento queda satisfecho.

Esta manera de proceder en la formación de un sistema, este método, el único que puede garantizarnos la exactitud del raciocinio, tiene un nombre particular.

En lugar de decir con un gran número de palabras, «que el entendimiento descompone los objetos para formarse de todas sus cualidades otras tantas ideas distintas; que compara estas ideas para descubrir todas sus relaciones de generación, y para subir hasta su origen, hasta su principio,» se dice, con una sola palabra, que el entendimiento *analiza*.

Esta palabra, como se echa de ver, está elegida con grande acierto, pues el entendimiento, debiendo comenzar siempre por la descomposición de los objetos que desea estudiar, el método es en

su esencia descomposicion, esto es, análisis.

Por manera, que el análisis reduciendo á la unidad las ideas mas divergentes en la apariencia, y que ella misma nos ha dado, hace producir á la debilidad los efectos de la fuerza; el análisis es el que sin cesar acrece el poder de la inteligencia, ó digamos mejor, que la inteligencia es obra suya, y el método está encontrado.

J. Peñalver.



POESIA.

A ESPAÑA.

Loor eterno á la España orgullosa
y á sus hijos altivos, valientes,
que á coyunda enemiga y odiosa
nunca, nunca humillaron sus frentes.

Ni un instante la España guerrera
vivir puede en cruel dependencia,
solo en libre y patente existencia
la es posible á la España vivir.
Que jamás el leon poderoso
se sujeta á sufrir las cadenas,
pues herido y sin fuerzas apenas
aun aterra su libre rugir.

Por un Conde malvado y perjuro
entró el moro feroz en la España,
y sus tropas, su fuerza y su saña
en Asturias se vino á estrellar!
Que encerrados allí en su aspereza
en redor del valiente Pelayo,
un puñado de libres fue el rayo
que hizo á el moro en su furia temblar.

¡Oh dolor! Cuan feliz hubo un día
en que ornada de gloria y ventura,
noble, altiva, con fuerza y bravura
sabias leyes al mundo dictó.
¡Oh! cuan dulce, cuan grato fue el tiempo
en que izando orgullosos pendones,
sujuzgaba potentes naciones.....
todo el mundo su saña temió.

Mil guerreros con ínclitos hechos
á la patria tan alto elevaron
y el Cid, Leiva, y Gonzalo llevaron
con orgullo su invicto pendon.
Y Paredes, Bazan y Pelayo,
Pulgar, Alba, Guzman y Pizarro,
con su genio y su esfuerzo bizarro
glorias dieron á España y blason.

No dejemos dormir los laureles
que tan grandes soldados ganaron,
si leccion de valor nos dejaron,
españoles, su esfuerzo igualar.
Y que vuelva otra vez para España
ese tiempo de dicha y de gloria,
y que en páginas ciento la historia
nuestros nombres permita grabar.

Loor eterno á la España orgullosa
y á sus hijos altivos, valientes,
que á coyunda enemiga y odiosa
nunca, nunca humillaron sus frentes.

Ramon Adame.

REALIDAD, ILUSION.

En la esperanza y el temor vagando
Que ajitan á mi alma,
Sin dejarle probar la dulce calma
Que siempre está anhelando
Cual peregrino la gigante palma.
Entre la duda y el deseo innato
Nacido aqui en mi pecho,
Que ora me trae funeral despecho,
Ora consuelo grato,
Ora inquietud en el mullido lecho,
Paso mis dias de fantasmas vanos
Do quiera circuida,
Que tan pronto me ligan á la vida,
Tan pronto mas tiranos
Deshacen mi ventura apetecida.
Dos agraciadas ninfas se disputan
De mi mente el imperio,
Y con ataque continuado y serio
Mi pensamiento enlutan
Sin que comprenda tan cruel misterio.
La primera, bellissima y divina,
Es consuelo del hombre,
Lleva en el mundo de Ilusion el nombre,
Y su ternura fina
Hace que á todos su beldad asombre.
La otra severa, de semblante triste,
Jamás el seno inflama,
Jamás atiende al que por ella clama,
A todo se resiste
Y REALIDAD, realidad se llama!
Ambas me ocupan, y la par me matan
Con pesares diversos,
Porque sucesos placidos ó adversos
Unidas me retratan
Mientras legan la dicha á los perversos.
En cielo y en abismo juntamente
Me mantengo suspensa,
Y si ilusion en consolarme piensa
Al levantar la frente
Veó á REALIDAD tras nube densa.
Ansio la gloria que Ilusion predice,
Y al preludiar mi lira,
Llena del noble fuego que le inspira
Realidad me dice:
—«No cantes, infeliz! Todo es mentira!»—
—«Todo es mentira!» Me repite el viento,
Y la ILUSION amada
Me presenta otra dicha inapreciada
Dicha ¡ay! que es un tormento
Pues REALIDAD responde: —«Todo es nada!»—
«¿Dónde te hallas, amor?»— ansiosa digo;—
«Preséntame tu encanto,
Ven á enjugar mi clamoroso llanto,
Yo te daré un abrigo
Y serás el objeto de mi canto.»—
Oyeme amor, se llega, y placentero
El pecho me traspasa,
Con su llama flamíjero le abrasa,
Y en mi frente altanero
Coloca un velo de ligera gasa.
«Esto es felicidad.»— Dice de nuevo
Mi Ilusion de ventura,
Vás á probar su cáliz de dulzura
Pues en mi el gérmen llevo
Que templa la afliccion y la amargura.—»
Abro los ojos por mirarla, y veo
A REALIDAD al lado
—«Vano es este gozar, que te has forjado
—repite, — y tu deseo
Pues de amor es el dardo envenenado.
Las rosas que te ciñen son espinas,
Sus cadenas de flores
Endurecidos hierros opresores,
Y el bien que te imaginas
Celos, dudas, venganzas y temores.»—
Yerta de espanto y de pavor me deja
Esta sentencia amarga,

Y desde entonces cual funesta carga
 La existencia me aqueja
 Mientras el hado su rigor descarga.
 La triste REALIDAD, el desencuado
 De soñados placeres
 Que tanto anhelan los humanos seres,
 Me causa un mal extraño
 Raíz de mis funestos padeceres.
 Y la flor de esperanza que ha mecido
 Mi LUSTRO deliciosa,
 Y que creía bella y candorosa,
 Su cáliz obatido
 Contempla con tristeza, pesadrosa;
 Mas aunque todo pereció y me queda
 Tan solo la congoja,
 Que como el astro que á la flor deshoja,
 Me quita la paz leda
 Mientras el llanto mis mejillas moja.
 No me abandona aun, conmigo vive
 La feccion que yo adoro,
 Que temple para mi ferviente lloro
 Aunque del don me prive
 De esa REALIDAD que es mi tesoro.
 No me promete amor, no me consuela
 Como siempre lo hacia,
 Pero me ofrece calma y alegría,
 Por mi ventura vela
 Y mi pecho á su efecto se confia.

Amalia Fenollosa.



MISCELÁNEA.

Edad de los actuales soberanos de origen europeo.
 —De cincuenta y dos soberanos que hay de origen europeo incluso el Emperador del Brasil, tres tienen, al principiar el año de 1843, mas de 70 años. El Papa tiene 79 años y tres meses, y el rey de Hannover 73 años y siete meses, y el rey de los Franceses 71 años y tres meses. De los otros potentados, entre quienes contamos al rey de Wurtemberg, al Elector de Hess-Cassel, y los duques de Hesse-Darmstard, de Mecklenburgo-Strelitz, de Sajonia-Vveimar y de Oldemburgo, hay diez que tienen de 60 á 70 años; catorce, entre quienes referiremos al Emperador de Austria, á los reyes de Dinamarca, de los Belgas, de la Holanda y al gran duque de Baden de 50 á 60 años; trece entre los que comprendemos al emperador de Rusia, á los reyes de Prusia, Sajonia, Cerdeña y Suecia, y al gran duque de Toscana de 40 á 50 años; tres entre quienes enumeramos al rey de las Dos Sicilias, de 30 á 40 años; siete entre quienes se cuenta el Sultan, el rey de la Grecia, las reinas de Inglaterra y de Portugal, el gran duque de Mecklenburgo Schweri, los duques de Nasau y de Sajonia-Coburgo-Gotha de 20 á 30 años; y por último dos solos de 10 á 20 años que son el emperador del Brasil que tiene 19 años y un mes, y la reina de España que tiene 14 y tres meses. En 1844 han tenido lugar dos cambios de reinado por fallecimiento del duque Ernesto de Sajonia-Coburgo-Gotha, (el 29 de enero) y de Carlos Juan XIV (el 8 de marzo). Han tenido por sucesores á sus hijos el duque Ernesto II y el rey Oscar I.

La familia de un alcalde. Existe una en el departamento de la Drome, pueblo del canton de Crest, en el que los empleos están repartidos como sigue: el corregidor ó alcalde es un gefe de batallon retirado; el ayndante ó agregado es sobrino del alcalde; el secretario de la alcaldía es sobrino del alcalde y primo del ayndante; el guarda bosques es cuñado del alcalde, suegro del agregado y tío del secretario; el pregonero es tambien sobrino del alcalde, cuñado del agregado, y yerno del guarda-bosques: en fin, el sacristan que reúne las funciones de relojero, de campanero y de sepulturero, es á un tiempo sobrino del alcalde, sobrino del guarda-bosques, primo del agregado y primo del secretario.

La familia de un cura. Ultimamente en un pueblo de las inmediaciones de Caen (Francia) un sacerdote recién ordenado celebraba su primera misa. He aquí el personal que le asistió y le rodeaba en este primer acto de su ministerio: celebraba la misa en una iglesia en que su hermano mayor era ecónomo y su padre sacristan; su otro hermano que habia recibido ya las primeras órdenes, le asistia como diácono; los tíos de estos tres eclesiásticos, hermanos ó cuñados del sacristan, llevaban capa pluvial en el oficio, mientras que sus primos hermanos, sochantres de la parroquia, ocupaban el facistol.

César y Antonio. Cuando César recibió un desafío de parte de Marco Antonio para pelear cuerpo á cuerpo, respondió con mucha serenidad al mensajero: «si Antonio está cansado de vivir, dile que busque otro modo de morir, y no por la punta de mi espada.» ¿Quién dirá que este fué un ejemplo de cobardía? Un hombre valiente y discreto debe tratar con desprecio los impetus acalorados de un adversario que ha perdido toda su fortuna.

Justicia turca. Un joven griego de la isla de Cos, se enamoró de una soltera que no le correspondia; picado de esto despego se envenenó y murió. La familia del muerto pidió al padre de la joven el *precio de sangre* acostumbrado en semejantes casos. El cadí ó juez turco ante quien se presentó esta demanda, le condenó á pagar una multa considerable. El padre de la soltera replicó que él no habia sido el asesino del muerto; pero el cadí le rearguyó con gravedad; tú tienes una hija soltera: si no se hubiese enamorado de ella, no hubiera tomado veneno ni hubiera muerto: luego tú eres la causa inmediata de su muerte.» El lector hará las esplicaciones que tenga por conveniente acerca de este modo de raciocinar.

MADRID, 1843: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
 Calle del Duque de Alba, n. 13.